

RELIGIÓN Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Declarado de utilidad catequística en el Congreso Catequístico Nacional de Granada, 1926

Director: **JUAN ORTEA FERNÁNDEZ.**

FRANQUEO
CONCERTADO

FRANQUEO
CONCERTADO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN:

Cada 10 núms. quincenales, 1 pta. al mes

*"Este precepto os doy: Amáos
los unos a los otros como Yo os he
amado."*

(Jesucristo a sus discípulos.)

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN:

Calle de San Bernardo, 119, 2.º piso.



María de los Dolores Laviada y Pola

ALUMNA DEL COLEGIO DEL SANTO ANGEL

falleció cristianamente en Gijón, a los quince años de edad
el día 6 de Noviembre de 1930

R. I. P.

Su Director espiritual Reverendo P. Angel Elorriaga; sus padres, don Rafael Laviada y Cienfuegos y doña Asunción Pola y Menéndez; sus hermanos Asunción, Cándida, Rafael, Covadonga, Roque e Ignacio, tíos, primos y demás parientes,

Ruegan a sus amigos y piadosos lectores de «Religión y Patria» la encomienden a Dios nuestro Señor.

«Los sufragos por las almas del Purgatorio, son los actos más heroicos de caridad».

El toque de agonía

El aposento está sombrío, solo iluminado por el inseguro resplandor de una lámpara que parece iluminar con sus movimientos los repliegues de las cortinas que tapan el lecho del dolor.

Una respiración oprimida se armoniza en efecto con la vacilación de la llama y el paso rápido de la sombra. Junto al lecho una mujer, entrada ya en años, murmura una oración sin hacer el menor movimiento y sin que los granos de su rosario produzcan el menor ruido al deslizarse por sus dedos.

La cama de este cuarto es pesada.

He dicho este cuarto, y no estoy en lo cierto, pues el sitio en que sufre un ser humano es la gran sala de una casa de campo. La cama está colocada en un ángulo, junto a la misma puede verse una mesita con una luz, en el centro hay una mesa mayor rodeada por dos bancos que el tiempo ha deslustrado y variassillas que andan diseminadas por la sala.

En la pared y debajo de una antigua artesa hay dos calderos de cobre pulido y colgando de la pared hay una imagen de la Virgen y varios cuadros representando batallas. Tampoco hace falta un crucifijo ennegrecido por los años y por el humo, pero que se destaca muy bien, pues el muro que lo cubre es más negro que él; parece contem-

plar con los brazos extendidos, el espectáculo de dolor que se desarrolla a su alrededor.

De cuando en cuando la madre escucha la respiración del enfermo, o el menor ruido que turbe la tranquilidad de la noche.

Una voz apenas perceptible se deja oír:

Madre: ¿qué hora es?

Las seis. Santiago.

¿Hace mucho que duermo?

¡Oh, sí!

¿He soñado?

No; no has pronunciado palabra alguna.

Los he visto; me buscan y vendrán.

¿Quiénes, hijo mío?

Los compañeros ¿Verdad que los recibirás, madre?

Como estás tan malo, el médico ha mandado que no recibieras ninguna visita.

Van a creer que tengo miedo y que soy un cobarde y no quiero que me vean temblar.

Su visita te matará.

¿Qué más da? La vida ya nada me importa.

¿Y yo, hijo mío, me has echado en olvido?

¡Oh no! Pero sufrir tanto y sin ninguna esperanza.

¿Y tu padre?

Ya no existe, una vez muerto todo se

ha acabado. Déjame, me vuelve el sueño.

Santiago calló, mientras su madre continuaba rezando y escuchando; así pasó media hora, de pronto la madre se estremeció, pues las campanas tocaban al Angelus, recordando a los cristianos que era tiempo de descanso o de oración.

Santiago, dijo la madre en voz baja, ¿has oído?

El enfermo no respondió.

Es la campana de tu bautizo y primera comunión.

Ninguna palabra contestó a la pregunta.

Ella anunció mi casamiento, y anunciará mi entierro, como lo hizo por mi marido, tu padre.

Santiago continuó callando.

La campana nos habla del cielo hacia el cual eleva sus tañidos; su voz a la vez que nos enseña a esperar, consuela a los que lloran y creen...

Después de una ligera pausa, la mujer continuó: En nuestro país hay la costumbre de hacer tocar las campanas cuando alguien está en peligro; de este modo las almas buenas rezan por los que se ven atormentados por la enfermedad.

Oh no, yo no quiero que suenen por mí, ya lo sabes.

Entonces partirás para el otro mundo sin absolución y no podré acompañarte a la iglesia; me veré obligada a dejarte solo, y a ocultar mi luto y vergüenza en este aposento, rogando a Dios que olvide tu impiedad.

La pobre mujer lloró durante unos instantes y luego continuó con energía: Santiago, escucha todavía una palabra: estos hombres que han logrado de tí que juraras negarte a recibir el sacerdote y que renegases de tu pasado, ¿qué han hecho por tí?

Me han iluminado...

Lo crees, porque te han dicho que Dios no existía y porque se han burlado de la fe de tu madre... Escúchame, Santiago, yo te he traído a este mundo, he sentido como tu corazón latía junto al mío, te he visto hermoso, mucho más hermoso que los ángeles del cielo, te he amado más que todas las cosas, tus labios sellaron los míos al darme tus primeros besos, tú rezaste conmigo, recostado sobre mis rodillas y con tus bra-

citados arrollados a mi cuello. No, tú no querrás que diga, está allí en el cementerio, todo se ha acabado, jamás has de volver a tu hijo... Oh no, este *jamás* es una pura mentira, todo mi ser lo dice en alta voz, es una pura mentira. Créeme, Santiago mío, el amor de una madre es más fuerte que todas las cosas, y el amor de una madre no se engaña...

La pobre mujer se detuvo falta de fuerzas; las lágrimas brotaban abundantes de sus ojos, mientras Santiago cerraba los suyos y ocultaba su emoción oprimiendo con fuerza las sábanas entre sus manos macilentas.

Ambos permanecieron callados por mucho rato. A media noche Santiago se agitó como preso por el delirio de la fiebre...

«Todo me lo han robado, decía, y cuando me hayan dado sepultura, no se acordarán más de mí, nunca me han amado, no! no!

Ignoran lo que es el amor, solo la religión enseña la virtud, el recuerdo y la oración: pero ellos... ¡Ah!, bien claro lo veo, solo el odio los ha guiado, sí, el odio, el oro y los placeres.»

El enfermo cayó de nuevo en el mutismo y parecía dormir.

Gracias, Dios mío, dijo la pobre mujer, continuad iluminándolo; es mi hijo y os lo entrego de todo corazón.

Las horas fueron transcurriendo lentas, penosas y sombrías sin que Santiago saliese de su inmovilidad.

Veinte veces la madre pronunció las mismas palabras acercándose cada vez al moribundo.

Dios mío, no permitáis que muera impenitente. Asomó por fin la aurora iluminando con sus ténues resplandores el aposento del enfermo, volvió a tañer la campana y Santiago hizo un movimiento.

Madre, dijo con voz muy suave. Esta se acercó con ansiedad.

¿Oyes? Es el toque de mi agonía, dirían que la campana canta.

No, hijo mío, es el toque del Angelus. Tanto mejor. ¿No sabes?

No, Santiago, habla... sí, habla, confía en quien te ama.

Sí, tienes razón, tú eres el único ser que me ama en este mundo, yo también quiero amarte y consolarte, vé por el señor Cura, y dile que haga tocar las campanas por mi, con suavidad, pero durante mucho tiempo, hasta que duerma en tus brazos...

Llegó el sacerdote y con él vino nuestro divino Redentor oculto bajo las especies del pan, el sonido de la campana recorrió el pueblo y Santiago la escuchaba sonriendo, mientras juntaba las manos con una secreta invocación.

Madre, dijo Santiago, con voz que iba sensiblemente apagándose, tómame entre tus brazos, como lo hacías cuando era pequeño; la madre obedeció y el hijo salvado por la ternura de la que le dió a luz, inclinó su frente cubierta de sudor en el seno de la pobre mujer que lloraba a la vez de dolor y de alegría...

Ah, cuán bueno es morir en los bra-

zos de una madre; ahora ya no temo a Dios, y corro hacia el cielo! Madre mía! hasta el cielo. Estas fueron sus últimas palabras y espiró.

L. M. D.

EL VIATICO

Es de día;
muy de día.
En las bóvedas del cielo
brilla el Sol con alegría,
derramando en su carrera
vida, luz, oro y calor.
Del erguido campanario
vienen ecos armoniosos,
y preludian las campanas
con acordes melodiosos
la salida del Sagrario
del Amante Salvador.
Lentamente,
suavemente,
atravesan por las calles
largas filas de creyentes
con antorchas encendidas
escortando a un Dios de amor.
Y al pasar la comitiva,
doblan todos las rodillas
y murmuran oraciones
fervorosas y sencillas
que se elevan compasivas
hasta el trono del Señor.
Van cruzando,
van pasando,
grupos de hombres y mujeres
que en silencio van rezando...
En sus rostros abatidos
se dibuja la emoción...
Una esquila plañidera
lanza al aire sus acentos
argentinos, doloridos,
como místicos lamentos;
y a su queja lastimera
se conmueve el corazón.

.....

¡Sí, perdono!...

¡Sí, perdono!...

dice el pueblo arrodillado
con sentido y triste tono,
cuando invita el Sacerdote
al enfermo a perdonar...
Un silencio misterioso
reina dentro de la casa...
el silencio de la Muerte,
cuando cruza, cuando pasa,
con andar vertiginoso,
sin descanso, sin parar...
.....

Lentamente,
tristemente,
van cruzando por las calles
largas filas de creyentes
con los rostros demudados
por el llanto y el dolor...
Del erguido campanario
vienen ecos plañideros
y pregonan las campanas
con acentos lastimeros
el retorno a su Sagrario
del Divino Salvador.

Eugenio Yébenes Garoz.

Lector amigo, ¿te gusta "RELIGION Y PATRIA"? Después de leído ¡no lo rompas! dalo a leer a otros. Haces una buena acción.

El batallador y muy recomendable semanario de San Sebastián «La Cruz», refresca estos recuerdos... a los cándidos que creen en nuestros republicanos.

La memoria y los republicanos

Nos creen desmemoriados.

En el mitin de Madrid, donde brilló el miedo a las ametralladoras, habló un representante de los republicanos autonomistas de Valencia. Y dijo:

«Vengo casi exclusivamente a dirigiros un saludo en nombre de Valencia de Blasco Ibáñez, (grandes aplausos) la de aquel gran español, aquel gran patriota...»

Pero la Valencia de Blasco Ibáñez es también la Valencia de Rodrigo Soriano.

Y la Valencia de estos dos grandes republicanos, y grandes patriotas, y grandes españoles, fué la Valencia de los tiros, los insultos y el comadreo.

Todavía llegan a nuestros oídos los ecos de las cosas que se decían Soriano a Blasco y Blasco a Soriano, para ilustración de los valencianos, y honra de la república...

«A tí, Blasco Ibáñez, ente despreciable y asqueroso, bandido afortunado, canalla sin valor y sin corazón te digo,

»... Que acabaré contigo.

»Que me inspiras asco.

»Que acabarás, sí, envuelto en tus inmundicias.

»Que un puñado de concejales no te salvarán de ser el estafador de consumos, ladrón, el mamarracho, el hombre o la mujer más despreciable del mundo...

Todavía llegan hasta aquí aquellas palabrotas con que se escarnecían, en el paroxismo de su furia republicana:

»Frente a tu canalla organizada te escupo.

»Te insulto.

»Te dirijo los insultos más horribles que a uno de «La Bata Blanca se pueden dirigir.

«No me iré nunca, nunca, nunca, nunca; ¿lo entiendes canalla?

»Huye a Madrid, cobarde miserable.

Todavía llegan a nuestros oídos aquellas, más que palabras basura y frenesí que día tras día esparcían como fruto de republicana entereza y ciudadanía:

»Repito que te escupo, que te convierto en mi escupidera diaria; ¡canalla, bandido, cobarde; ven aquí si te atreves!...

Y junto con esa fraseología republicana, las excitaciones al asesinato, aquellos consejos a sus amigos diciéndoles:

»...Que allí donde se encuentren los asesinen de cualquier manera, si puede ser por la espalda, mejor que cara a cara.

De estos republicanos y de esta república, se atreven todavía a hablar los republicanos de hoy.

¡Y rememoran aquellas glorias!
¡Y quieren volver a traernos aquella felicidad!

¡Muchas gracias, señores, pero nos mataría semejante felicidad!

CHARLA

—¡Qué es lo que ve!... ¡Don Simplicio saliendo de oír misa!... ¿De cuándo acá el ilustre don Simplicio se atreve a entrar en la iglesia?... El templo del fanatismo, como le llama.

—Le diré... le diré, querido; yo aborrezco el fanatismo, las exageraciones, los abusos de la piedad...

—Bueno, sí, y tal; conozco el repertorio.

—Pero en llegando este tiempo de los difuntos me acuerdo de los que fueron, y especialmente de los míos, y entro en la iglesia a rogar por ellos, con devoción, no por rutina, como tantos que en fuerza de musitar oraciones, ya no saben si rezan e están llamando al gato.

—Muy mal hecho eso que usted acusa, sí, señor; y también muy mal hecho eso que usted hace de no querer entrar en la iglesia más que en este tiempo, como si lo restante del año no se lo debiéramos igualmente a Dios.

—Puede ser que Dios me agradezca a mí más esto poco que le dedico, reverente, que todo eso aparatoso que hacen otros.

—Dios ve la intención de nuestros actos, y por ella juzga; pero Dios quiere también que obedezcamos fielmente sus mandamientos y los de su Iglesia, y castiga severamente a los que los infringen o los acomodan a sus caprichos; de modo que ándese usted con cuidado en estos asuntos.

—Si me fastidia tratar con los católicos es porque siempre están metiéndonos miedo.

—¡Tratar con los católicos...! ¿Pero es que usted no quiere llamarse católico?

—Sí, señor; sin exageraciones.

—Otra vez el mismo disco.

—Cambiémosle.

—Ve que lo está usted deseando. A su disposición.

—Usted que anda metido en el manejo de periódicos, ¿qué le parece de los noticiones que se traen estos días? ¿No le parece que debe de haber mucha exageración en los relatos de la política y de las huelgas?

—Hay mucha mar de fondo, desde luego, porque las libertades que se consienten y las doctrinas que se predicán no son para menos; ahora que a los periódicos de empresa y a los de ideas avanzadas les conviene «inflar el perro», como suele decirse, para «arriar el agua a su molino».

—La prensa, la prensa es la causa principal de los males que padecemos, y luego dicen ustedes que hay que protegerla.

—¿De qué prensa es de la que hay que abominar y qué prensa es la que hay que proteger? ¡Por Dios, don Simplicio, un poquito siquiera de sentido común! Hay alimentos de buena calidad y alimentos que comprometen la salud; según el criterio de usted debemos prescindir de alimentarnos. Morirnos de hambre en lugar de escoger los que

nos favorecen y desechar los perjudiciales.

—Yo alambico más el asunto en esto que usted dice: ateniéndonos al dictamen de los médicos en caso de duda, y si no a la experiencia, procedamos confiados en lo que hemos de digerir.

—¡Eso mismo! Procedamos también así en nuestro alimento espiritual, en el cultivo de la inteligencia. No exageremos el *yo*, no seamos ególatras aferrándonos a nuestro criterio, que puede ser equivocado. Este libro, este periódico, este espectáculo ocasionan frutos de perdición atacando lo más digno de respeto y veneración: religión, patria y familia; y por lo mismo la Iglesia, nuestra Madre amorosísima, nos prohíbe el tal libro, el tal periódico, el espectáculo peligroso. Y nosotros debemos de obedecer como obedece el buen hijo a su padre, que le ama y procura su bien siempre.

—Dice usted bien; sólo que el afán de la curiosidad exagera en nosotros un poco la intención.

—¡Si a usted no le gustan las exageraciones...!

—Ya la pescó usted. Cambiemos el disco.

—A su disposición, pero cuide no caer.

—Ayer estuve en el cine a ver esa película de tanta fama. La verdad es que merece verse; cuanto se diga de su aparato y majestad es poco. ¡Qué situaciones! A veces terroríficas; otras con poquito de exageración de la vida, pero siempre buscando soluciones acertadas, de enseñanza útil, agradable. Así debieran ser todas las películas para bien del pueblo, pues no dejo de reconocer que la mayor parte de ellas son peligrosísimas, de resultados funestísimos.

—He visto yo también esa película y efectivamente es recomendable como pocas. Aquel miedo que impone y aquellas exageraciones de los dos extraviados por sus ideas avanzadas es para mejor afirmarnos en el amor a la verdad y en su defensa. Sí hay miedos saludables y exageraciones también saludables. Ya lo ve.

—¿Quiere usted decirme por dónde he de ir que no me coja?

—Prosiga, prosiga, que me deleita oírle.

—No sigo, porque sin querer ¡pum! en la ratonera, y esto no me agrada.

—Mi querido don Simplicio, permítame unas ligeras advertencias a esos..., prejuicios que usted y muchos como usted padecen contra los católicos para caer precisamente en algo parecido y con ridículo de las personas sensatas:

»Nos llaman fanáticos, superticiosos, sin saber lo que dicen esos que más de lleno caen en ello, poniendo su suerte, su ventura, en un fetiche, en una combinación de números, en un capicúa, y su desgracia en el número 13, en la vista de un contrahecho, etc., etc.

»Huyen de nuestros miedos de ultratumba los que hasta pagan por ver lo más espeluznante de la vida.

»No quieren la religión, por sus dog-

mas, y escuchan, embobados, a cuatro farsantes que todo lo dogmatizan.

»Reniegan de la libertad verdadera, católica, y se entregan, atados, a los que los explotan ambiciosos y los desprecian después.

»Llaman exageraciones a nuestro afán de perfección, y caen ellos en las de la moda que arruina, en las del orgullo que hace tiranos...

»Amigo don Simplicio, no se quiere lo prudente, lo razonable, la verdad del catolicismo, y Dios, en justo castigo, hace que el rebelde se sumerja en las imprudencias, en la mentira, el engaño, el error, y si con todo esto no quiere confesar humildemente su pecado, entonces...

—Sí, sí... entonces el infierno con su terrible eternidad. Ya ve si estoy al tanto.

—Pues cúrese en tiempo.



Encomendamos a la piedad y sufragios de nuestros lectores el alma de nuestro querido amigo y suscriptor **Don Joaquín Rato Mortera**, fallecido en esta villa el 8 del actual.

Favorecedor de nuestro periódico y de nuestros «CONCURSOS», lo era desde hace muchos años.

¡Descansé en paz!



Por nuestros suscriptores difuntos hemos mandado celebrar una misa rezada en este mes, dedicado con especialidad a rogar por las benditas almas del Purgatorio.

Descansen en paz, y pidan a Dios por la prosperidad de RELIGION y PATRIA que aquí protegieron para bien de las almas.

Escenas del cine

Quien ha ido al cine sabe por propia experiencia lo que en él se aprende.

Mas basta fijarnos en ciertas estadísticas para saber las lecciones que se dan... ¡y se aprenden!. No hay peligro de que se distraigan los alumnos. Todo entra por los ojos y se imprime en la imaginación.

En un solo año examinaron los censores de Chicago 788 películas. A pesar de su laxa conciencia tacharon: 2.115 escenas de asalto con diversas armas e intención, casi siempre, de matar; 231 escenas de ahorcar; 175 escenas horrosas, tales como sacar los ojos, quitar a mordiscos las orejas, etc.; 757 asaltos de mujeres con fines inmorales; 929 escenas de desnudez y semidesnudez; 31 asaltos de cárcel; total 4 236 escenas malas.

Esto ocurría en 1.924. En 1928 fueron 6.470 escenas peligrosas, y eso que la conciencia no se ha ido estrechando. ¡Cuántas escenas dejaría pasar esa cen-

sura de manga ancha. Hace unas semanas esa censura no dejaba pasar cierta película. Se recurrió a los tribunales; con lo que se la dió gran publicidad, y mientras seguía el proceso se fue exhibiendo por toda la ciudad. Cuando la prohibió la justicia ya había hecho su gran negocio la compañía.

HABLAN LOS NIÑOS. Uno de 14 años decía: «Lo que más me gusta en los cines es ver reñir y torturar...» Otro de 16: «Me gusta ver matar con dinamita» Otro: «No sabe uno qué hacer al ir al cine con tanta frecuencia. Uno aprende a desear lo que no tiene.. y se lo toma». Un jovencito delincuente decía: «En los cines casi todo parece bien hecho. Cosas que fuera parecen malas no lo parecen allí». Otro: En los cines todo parece fácil: se coge dinero; se echa el alto; se roba; sólo se

ve cogido uno si se hace algún disparate. Pero uno cree que no hará disparates si hace la prueba. Yo pensaba que podía coger dinero, depositarlo en el Banco por mucho tiempo y usarle después». Como se ve el cine es escuela fecunda de bandidos.

AHORA HABLAN LAS NIÑAS. Una de 13 años decía: «Lo que más me gustó fué cuando la joven quería el esposo de la otra joven, cogió dos pesetas, echó suerte y, por supuesto, lo ganó...» Otra de 16: «Esos cines que excitan amor ardiente, hacen que el joven y la joven que están juntos se levanten, salgan y se vayan a algún lugar, ya se sabe para qué...» Cuenta a continuación su propia experiencia y la de una emiguita suya: «El cine, pues, corrompe la niñez y la juventud.

Padres y madres, ¿queréis tener hijos buenos, honrados, castos? No lo

conseguiréis, aunque los enviéis a escuelas católicas, si no los apartais de la escuela del cine, que no está dirigido por personas de recta conciencia.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

Sr. D. A. R.—Murias.—Pagó 1931. Tiene usted muchísima razón. Pero ¡adelante!

H. de M.—Murias.—Fin 1931.
Sr. D. F. G.—Pola de Lena.—1931 y tres pesetas de donativo.

Sr. D. M. S. F.—Viavelez.—Pagó Noviembre actual.

Sr. D. J. A.—Mieres.—No nos es posible aceptar, por ahora, los buenos deseos de su carta, que agradecemos.

Francisco Prendes Pando
ABOGADO

Moros, 23, pral. :- GIJON

Imprenta «La Reconquista» :: Gijón.

RELOJERIA Y PLATERIA
DE

MELCHOR OSORIO

Treinta años de éxito creciente es suficiente garantía de la competencia con que se realizan cuantos trabajos se le confíen. :- Venta de todos los artículos del ramo, sin competencia. :- Compra de oro, platino y brillantes; pago todo su valor.

Pí y Margall, número 13 -:- GIJON

OBRAS TEATRALES

Los pedidos a esta Administración
UNA PESETA el ejemplar
Envíos certificados, 0,30 más

- «El Anarquista».—Drama en dos actos.
- «Mítin Socialista».—(Controversia.)
- «Jauja».—Juguete cómico-lírico en un acto.
- «El Señorito».—Sátira en un acto.
- «El Requeté».—Comedia en tres jornadas.

Colecciones de RELIGIÓN Y PATRIA

Años 1926, 1927, 1928, 1929: a CUATRO ptas. cada año

Ferretería Gregorio Alonso (S. A.)-Gijón

Detall: San Bernardo, 59 y 61
Almacenes: Premio Real y Molino

Almacenes de Ferrería, Quincalla, Loza y Cristalería: Artículos sanitarios :: Herramientas para Ferrocarriles y Minas

Telegramas y telefonemas:
GALONSO

Teléfono Detall: 200
Teléfono Almacén: 383

Doctor EMILIO VILLA

ESPECIALISTA — Electricidad médica.
— — Enfermedades del PULMÓN y CORAZÓN — —

Consulta: De 11 a 1 y de 4 a 6. :: San Bernardo, 143 :: Teléfono: 797 :: GIJÓN

SIDRA CHAMPAGNE

“ZARRACINA”

Se sirve en todos los establecimientos y hoteles de primer orden, y en los Coches y Restaurants de la Compañía Internacional de Coches-Camas

INDUSTRIAL ZARRACINA (S. A.) — GIJON

LUIS BASURTO
QUÍMICO

Fábrica de Acido Fluorhídrico
Fluoruro de Sodio

Pasta para esmerilar, rápida
Espato-Flour, en piedra y molido
LABORATORIO de análisis minerales e industriales

Príncipe, 16—Apartado 174 :: GIJÓN

Luis Infiesta y Castro

(Antes Acebal, Rato y Comp.^ª)

Barrio del Tejedor :: Teléfono 13—28
— GIJON —

Recinas sistema BILBAO y de todas las marcas para carbón y para leña.
Piezas de recambio para las mismas.
Artículos de hierro fundido, como bañeros de agua, lucernas, columnas, banqueros de jardín y cuantos encargos se hagan.

RAPIDA ENTREGA DE LOS PEDIDOS

“La Fama Asturiana”

Se recomienda por sí sólo el chocolate de esta marca.
Pídase en las tiendas de ultramarinos.

TALLERES MECÁNICOS DE CONSTRUCCIÓN Y REPARACIÓN DE MAQUINARIA DE

Saez, Pérez y Montero

Barrio del Tejedor :: Teléf. 1354 :: Gijón

Maquinaria para Chocolaterías y Panaderías.
Fundición de bronce y hierro.
Reparaciones de buques y maquinaria en general.
Prensas y mayadoras para manzana.

FUNERARIA DE

HIJOS DE FELICIANO RODRIGUEZ

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 :: GIJON :: Teléfono 103

SERVICIO PERMANENTE

Fruntitud :: Esmero :: Economía



Royal Las mejores máquinas de escribir
Concesionario exclusivo:

Trust Mecanográfico (S. A.)

San Antonio 23-25 == Apartado 137
GIJÓN 24-15

Honorio Manso Médico-Dentista

Corrida, 24, 2.º (esquina a la del Carmen)
GIJÓN

ULTRAMARINOS FINOS

Arturo Prieto Acebal

Plaza de San Miguel, 2 y Cápua, 31
GIJÓN

O. Teléfono, 313.

Doctor Calisto de Rato y Roces

especialista en enfermedades del sistema nervioso.

Cincuenta y tres años de práctica.

Consulta: Mañana y tarde
Corrida, 63 — Teléf. 490. **GIJÓN**